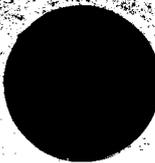


2



MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

ESTILO Y FIGURA DE SARMIENTO

por

el profesor ANTONIO DE LA TORRE

Subsecretario de Cultura

66393



BUENOS AIRES
1965

16-XII-66
Director

INV	0.14672
SEG	Folll 92
LIS	2

Separata del Informe de la Comisión de Enseñanza y Moralidad del Idioma sobre Conclusiones del Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado por la Academia Argentina de Letras (noviembre-diciembre, 1964).

SUBSECRETARÍA DE CULTURA

El profesor don ANTONIO DE LA TORRE, en su doble carácter de Subsecretario de Cultura de la Nación y de miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras, asiste al Congreso, ocasión en que hace entrega de libros argentinos a los señores delegados al Cuarto Congreso de Academias y pronuncia este discurso sobre "Estilo y figura de Sarmiento" (5/12/64):

Gran honor es para mí, el más humilde de todos vosotros, el hablar en este Congreso de hombres sapientes. Pero compensa mi flaqueza y me da ánimo para ello, el propósito de referirme a uno de los escritores más robustos que haya producido América, Domingo Faustino Sarmiento. Y lo hago como subsecretario de Cultura de la Nación, y como académico argentino —título éste que me honra más que ningún otro—, para poner en vuestras manos una pequeña colección de libros, en testimonio de homenaje y de confraternidad.

SARMIENTO Y EL IDIOMA

Como todos vosotros sabéis, Sarmiento —el autor de libros— es un escritor típicamente americano, tanto por su originalidad de pensamiento como por su temática general. Se inspira en su contorno, en su premura de civilizador, urgido por los problemas de su tiempo en esta parte de América. La presencia vigorosa de Sarmiento confiere al estilo reseco y engolado de la época dos virtudes fecundizantes: la sencillez y la espontaneidad. Por

eso, Unamuno, otro apasionado genial, lo considera el escritor de más robusto y poderoso ingenio y el de mayor originalidad que haya tenido Sudamérica.

El autor de *Facundo* identificaba su personalidad y su destino con el nacimiento de la Patria libre y con los problemas germinales de su organización institucional. Y se caracterizaba, como escritor y como hombre, por su autenticidad, por su sinceridad, y por su amor a la libertad y al progreso. Era un alma en permanente combustión. Por su ansiedad de caminos, por su constante brega y sus múltiples afanes parecía una multitud, como dijera Leopoldo Lugones. Pero como tenía la fuerza unitiva de la corriente, sólo se parecía a él mismo. "Ante todo —decía de sí el propio Sarmiento—, quiero ser yo, siempre yo, tal como la naturaleza me ha hecho, y no deformado por las presiones exteriores". Esa era la esencia de su individualismo, y no aceptaba imposiciones de nadie, ni en materia política ni literaria. Por eso discrepa con Bello, a quien le acabamos de rendir justiciero homenaje, y defiende arduamente, en Chile, los ideales estéticos del romanticismo.

Sarmiento no creía en la vigencia absoluta de la gramática, y en su premura de sociólogo, anheloso de abreviar tiempo a los jóvenes que aprendían a escribir, proyecta una reforma de la ortografía castellana, que presenta a la Facultad de Humanidades, regida a la sazón por Andrés Bello. Repudia allí, y en su polémica, la rigidez de las formas verbales y aboga por la vitalidad expresiva del lenguaje. Considera que nuestra literatura americana debe ser la "expresión de la sociedad nueva que constituimos"... Y, en efecto, él crea con su pluma nuestro realismo literario, dando libros que sólo podrán escribirse en nuestro país, en aquella época.

El purismo le parecía una preocupación mezquina y sin utilidad. Por eso, en su polémica con Bello, el sociólogo que había en Sarmiento incide en el criterio lingüístico que sustentaba. Hay que reconocer que las razones de Bello son incontrovertibles. "Jamás —dice el autor venezolano— han sido ni serán excluidas de una edición castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con la

analogía e índole de nuestra lengua..." "En las lenguas —continúa— como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios que dicten las leyes y sus necesidades, como las del habla en que han de expresarse; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle la formación del idioma". Sarmiento no participaba de tal criterio, porque no privaban en él las preocupaciones tradicionalistas y puristas, sino la visión de la realidad social y las características de los nuevos tiempos, que incorporan constantemente términos a nuestro idioma, problema éste de permanente actualidad, acerca del cual nos hablara con sapiencia, hace algunas tardes, el maestro Dámaso Alonso.

Sarmiento no le teme a los neologismos, y casi todos los que él usara en su tiempo, horrorizando a los puristas de entonces, han sido oportunamente aceptados por la Academia. No podía ser de otro modo, ya que la lengua la hace el pueblo y sus necesidades, y la sistematiza las Academias. Sabido es que cuando un vocablo neológico aparece por una necesidad de orden técnico, científico, etc., acaba por imponerse. "El que una voz no sea castellana —dice el autor de *Facundo*— es para nosotros una obsesión de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento en que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena."

ALGO SOBRE EL ESTILO DE SARMIENTO

Sarmiento era un hombre alerta a lo que acontecía en su tiempo en todas partes del mundo. Era un sociólogo y un poeta de la acción, como lo llamara Ricardo Rojas. Representaba, en sus momentos más fecundos, la estética literaria y la filosofía social del romanticismo. Por eso afirmaba que "el entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y lo sublime". Para él, como para los mayores corifeos del romanticismo —Hugo en Francia, y Larra en España—, el dogma se re-

ducía a “libertad en la literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia...”. Era, pues, el impulso que derrocará la política del absolutismo y la estética de Boileau, y que propugnara la confusión de los géneros literarios, para lograr mayor vinculación entre la vida real y la literatura.

Y tal era su estilo. Para Sócrates, como todos vosotros sabéis, “el estilo es el rostro del alma”. Muchos siglos después, Buffon lo definiría —por lo menos así se entiende comúnmente— como el hombre mismo, es decir que “el estilo es el hombre”. ¿En qué consiste —nos hemos preguntado algunas veces— el misterio del estilo, para que sea el rostro del alma y la imagen del hombre? En primer lugar, consiste en tener talento para expresar las múltiples y complejas realidades del hombre y sus vivencias; en segundo, en ser sincero y en expresarse con originalidad. La única posibilidad de ser original, es ser fiel a sí mismo y a la realidad íntima o externa que pretendemos reflejar. Porque el estilo nace de adentro hacia afuera. Es la vida misma a través de un temperamento, porque contiene todas las connotaciones temporales, culturales y sociales de las circunstancias que se viven. Por eso dice Azorín que “no hay más infalible estilística que la que forja la vida”.

Algunas páginas de Sarmiento, sobre todo en las de *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*, son las de un maestro en el arte de escribir con estilo personal. Justamente, cuando describe la naturaleza o expresa sus propios sentimientos; sobre todo resplandece cuando se inspira en sus lares nativos, cuando habla de la madre, cuando recuerda al hijo y evoca a los amigos de la infancia. Quiere aplicar su propia receta a los escritores bisoños y al aconsejarlos, se le va la mano. “Escribir a la buena de Dios —les dice— cada cual como lo mejor se las componga”. Él sabe que no es posible escribir, si se quiere escribir bien, “a la buena de Dios”, sino sabiendo de qué se escribe y cómo se han de expresar los sentimientos y los pensamientos. Lo que él aconsejaba, realmente era la espontaneidad, el perder el miedo a las dificultades, el escribir sobre cosas útiles y concretas, que a todos in-

teresará eso. Era un sociólogo, un periodista, y como tal, fiaba más en la utilidad de las ideas que en la belleza de las formas.

Era un espíritu pragmático; lo cual no invalida su exquisita sensibilidad, captadora de bellezas, que él expresara algunas veces con emocionada ternura. Lo demostró como crítico de teatro en Chile, y como viajero por Europa, África y América. Pero su concepción revolucionaria, frente a los problemas de la América de su tiempo, le impulsaba a aconsejar la acción constante los temas concretos y la libertad en la elección de los recursos lingüísticos. Porque las cosas había que hacerlas de algún modo, y lo antes posible. Ese era su lema. “Escribe como te dé la gana —dice a los jóvenes— y si dices algo de gusto o de provecho, y te entienden, si con ello no cansas, bien escrito está como esté.”

Sarmiento se dirigía al pueblo, pues, sin retóricas adjetivas, a veces asfixiantes. El tenía urgencias creadoras. Era un volcán en perpetua ebullición, y no podía estilizar sus páginas antes de publicarlas en la prensa diaria. Sólo le interesaba la claridad y el poder de convicción. Por eso eligió el periodismo como el medio más eficaz para extender su prédica apasionada. Había mucho que enseñar y realizar en todos los órdenes, y no podía demorarse en arrequives literarios, ni en soliloquios estéticos. Fue el propulsor de una política democrática en base a la educación popular y a la organización de las instituciones republicanas. Y consecuentemente, fue el iniciador de un nuevo estilo vital en esta parte de América. Su estilo literario concuerda fielmente con toda su personalidad prometeica y con sus ideales de civilizador. Su pluma fue la herramienta con que nos sacara, en cierto modo, del marasmo colonial, de la tiranía, de la incuria y de la solemnidad retórica.

Por esto tuvo que ser tan enérgico, tan libertario, y vigoroso, como escritor, como maestro y como ciudadano. Por eso su estilo es el estilo de la espontaneidad, como lo ha definido acertadamente Ricardo Rojas. Y una de sus características es la de la irregularidad en el tono, la abundancia de extensas exposiciones, a veces fatigosas, y la exaltación de sus propias ideas motoras. Como contraste pintoresco, introduce —dice Lugones— “el es-

cándalo bienhechor de la risa, agostada por el epigrama purista y por la solemnidad retórica". Y tiene razón. Sarmiento representa todas las fases del escritor y del hombre que se siente múltiple y providencial. De ahí su egolatría, destinada a imponer respeto a sus designios jupiterinos.

COINCIDENCIA CON UNAMUNO

No hay que alarmarse por los consejos de manga ancha que Sarmiento prodiga a la juventud, acerca del arte de escribir. Ya hemos visto que el criterio coincidía con el sentido libertario de las teorías románticas y su propósito de desembarazar a los jóvenes de la preceptiva clásica, para defender la naturalidad, la sencillez y la inspiración de los asuntos útiles. Viejos antecedentes en la literatura castellana confirman, por otra parte, la exhortación sarmientina. Sarmiento es el más español de los escritores americanos, tanto por lo caudaloso de sus períodos como por lo castizo de sus giros y por lo vigoroso de su realismo. Estaba en la buena doctrina, y se nutría de los viejos zumos del idioma. Sus maestros eran Cervantes y los clásicos del siglo de Oro. "Escribo como hablo", decía Juan de Valdés. Y Santa Teresa respondiendo a la carta de una priora muy letrada, escribe: "Muy buena venía aquella carta si no trajera aquel latín. Dios guarde a todas mis hijas de presumir de latinas. Harto quiero que presuman de simples, que es muy de santas, que no de retóricas". Feijóo, uno de los pocos escritores hispánicos que, con Larra, respetaba Sarmiento, también abogaba por la sencillez, al punto de definir la poesía como "la luz nativa de las cosas".

Pero la mayor coincidencia en cuanto a escritores españoles, la tenía con Unamuno. Oigamos a éste: "Yo he aspirado siempre a que de mis escritos se diga: ¡Habla como un hombre! en vez de que de mí se diga que hablo como un libro". En su correspondencia a la señora Mab, insiste: "Y si tengo a Sarmiento, su paisano, por un escritor, y como tal, escritor portentoso, es porque escribió siempre de la grosura de su corazón, con ímpetu, como hablando lo que escribía". Sobre esta valoración de la natura-

lidad en la prosa de Sarmiento, insiste el fuerte vasco en su libro *Contra esto y aquello*: "Cuando me dicen de un hombre que habla como un libro, contesto siempre que prefiero los libros que hablan como los hombres. Y éste es uno de los encantos que para mí tiene Sarmiento en su prosa, su prosa hablada y a veces gritada".

El estilo de Sarmiento es la expresión fisiológica y psicológica del autor y de su mundo de empresas titánicas. Es el estilo de la sinceridad y de la valentía. Con él dijo las cosas más tremendas de su tiempo, sin temor a las consecuencias, ni a sus inexorables enemigos, que brotaban a su alrededor como la mala hierba. Ciertamente es que su prosa, como es lógico, no carece de defectos: usaba muchos neologismos y barbarismos repudiables. Sobre todo para su época. Pero sus páginas son inolvidables. Y aunque Groussac afirma que "No tiene una sola página irreprochable", el tiempo ha demostrado que su manera de escribir, en mangas de camisa, vale más que el estilo peinado de muchos retóricos ilustres. La mayoría de los términos que usaba Sarmiento han sido admitidos hoy por la Academia, o se han impuesto triunfalmente en el habla general y en la de los grandes escritores de la lengua.

Lo importante es decir cosas hondas y valederas, como las que decía Sarmiento; es transmitir emoción y defender causas justas. Por eso resulta valioso y oportuno el juicio del autor de *El sentimiento trágico de la vida*, que era profesor de Lenguas Muertas en Salamanca y condecorado de varias literaturas de lenguas vivas: "Le tengo —dice Unamuno— por un gran prosista, inmensamente superior a los que andan tachando de los párrafos asonancias y repeticiones y buscando discordancias gramaticales". No es extraño que el eminente rector, cuya lucha en España se parece tanto a la de Sarmiento en América, expresara varias veces su admiración por el autor de *Facundo*.

Unamuno y Sarmiento, típicos temperamentos españoles, eran apasionados y beligerantes, y tenían ideas picudas como piedras, para arrojar a la cabeza de sus adversarios. Ambos cultivaron el género epistolar para expandir a los cuatro vientos sus afanes culturales y su disconformidad con el lastre de la retó-

ra y de la pesantez tradicional. Ambos vivían mirando el porvenir, sintiendo el enfrentamiento de épocas diferentes. Y a pesar de la distinta formación intelectual de ambos, riguroso humanista el español y autodidacto el argentino, se parecen mucho.

LAS DISCREPANCIAS DE MENÉNDEZ Y PELAYO

Muy distinta era la manera cómo juzgaba la obra sarmientina don Marcelino Menéndez y Pelayo. El ilustre polígrafo santanderino, además de sus gustos por lo clásico, tenía cierta inquina contra Sarmiento, fundada en el antiespañolismo de éste. Mas, a pesar de sus reservas estéticas y puristas y parcialidad de orden patriótica, muy comprensibles en quien estaba en las antípodas de nuestro escritor, no deja de reconocerle méritos y sobre todo, originalidad. "Era Sarmiento —dice— hombre originalísimo y excéntrico así en su persona como en sus ideas y su estilo, que adolecía de todos los defectos inherentes a su educación vagabunda y desordenada, y a lo cerril e indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban a ser una especie de gaucho de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno en nada".

Resulta irónico y risueño ver cómo se compara a Sarmiento con el gaucho, por cuya evolución luchara tanto el denodado sanjuanino. Es que el gaucho era también una expresión auténtica de la Argentina, que el fogoso escritor y civilizador trataba de transformar. Y Sarmiento también representaba, en otra esfera, una autenticidad no menos vigorosa, la del naciente país. Por eso el autor de *Facundo* resulta el escritor americano por excelencia de su tiempo, y su libro, el fruto más representativo de nuestra literatura, conjuntamente con el poema de Hernández. El mismo Marcelino considera al *Facundo*, *Recuerdos de Provincia* y *Campaña del Ejército Grande*, como los libros "más originales de la literatura americana", y a su autor "con toda su selvática incorrección, el más ardiente e inspirado de los prosistas del Sur".

Es difícil para un escritor como don Marcelino, clasicista en sus gustos estéticos y tradicionalistas por temperamento y edu-

cación, comprender y admirar a un escritor de tal jaez, liberal, desorbitado y plutónico que hablaba en un lenguaje llano e irregular, que mechaba en sus páginas tormentosas los barbarismos más horripilantes, los ajos y las cebollas más irreverentes, con tal de dar fuerza a sus parrafadas. Sarmiento vivía urgido por las preocupaciones de bien público, en un ambiente inhóspito para sus fiebres renovadoras. Creía firmemente en el progreso, que para él era la civilización. Por eso lo obsesionaba la educación popular. Por eso decía que "mientras haya chiripás no habrá ciudadanos", lo cual no iba en desmedro del gaucho como ser argentino, sino como anhelo de que mejorara su condición social y su cultura.

Lógicamente, no tuvo tiempo de ser estilista, un humanista de tipo europeo. Ni tampoco lo pretendió nunca, ni aun en la pausa crepuscular de sus últimos años. Ricardo Rojas lo dice con claridad: "No es un estilista en el moderno sentir flaubertiano de la prosa rimada; pero hay en él un escritor singularmente dotado; aunque los turbiones de la acción frenética no le dejaran ni gusto ni tiempo para perfeccionarse". Era, pues, un repentista, un improvisador apasionado y genial. Cabría agregar que, si no pulía la forma, corregía constantemente sus ideas y era capaz de rectificarse con el tiempo. Así, modificó algunas afirmaciones sociológicas del *Facundo*, y las que en un tiempo tuvo con respecto a Europa; amabilizó sus juicios acerca de la península ibérica, al polemizar con Bello en Chile. Era un hombre independiente hasta de él mismo. Este es, acaso, uno de sus grandes méritos.

ESTILO DE PERIODISTA

Claro que resulta difícil clasificar el estilo de Sarmiento, dadas sus características singulares; la irregularidad caudalosa, la preferencia por los asuntos de carácter práctico, social y político, y la propensión a inventariar las cosas reales con obsesiva frecuencia. Hay que leer largas páginas, a veces capítulos enteros, para encontrar el trozo que nos conquiste por su belleza formal. Pero cuando lo hallamos sentimos un regodeo singular en gustarlo, como cuando en las largas travesías encontramos un árbol

fronchis, a cuya sombra descansamos. Lugones advirtió esto, creyendo que el exceso de positivismo torna antipática su prosa, convertida, según él, en plática de cura laico o en lección de economía doméstica. Por eso el autor de *La Guerra Gaucha* cree que la originalidad sarmientina "proviene en gran parte de su improvisación como periodista".

Sarmiento era periodista hasta en sus mejores libros. Y se enorgullecía de serlo. En su polémica con Alberdi, quién lo acusaba de ser sólo periodista, le dice: "¡No sea zonzol y glóriese de haber sido periodista, desde muchacho". He aquí cómo expone su concepto de escritor: "Escribir por escribir es profesión de los vanidosos y de los indiferentes, sin principios y sin patriotismo, porque el gran fondo de la poesía y de la literatura está en la naturaleza de las cosas humanas y sociales". Esta es la explicación de su manera literaria, con todos sus defectos y virtudes. La vida no le permitió el ocio fecundo, tan encarecido por Horacio, para labrar pacientemente sus originales. Tenía que producir al calor de la prensa, urgido siempre por los problemas de impostergable solución. Y como no escribe para deleitarnos sino para mejorar la situación de su país, en sus páginas privaba lo útil sobre lo bello. Su pluma era su espada de guerrero, o mejor dicho, su arado de sembrador.

Éste era el hombre cuyos libros os entrego hoy, señores académicos, como una expresión moral y literaria, acaso la más alta que haya producido mi país y toda América.